

OIR EL SILENCIO

Antonio Pérez

La Semana Santa pasada salí al campo con el pretexto de coger unos espárragos, pero realmente iba a hacerle una visita a una amante muy singular: *la naturaleza*. Hay parajes en los alrededores de Alanís, dignos de la mejor película sobre ambientes naturales, bien reales o fantásticos. Perderse en esos recónditos lugares rebosantes de primavera es poco menos que una experiencia tan sensual y placentera como tener un encuentro con la persona amada, pero con la ventaja de que la naturaleza se te muestra voluptuosa y exuberante, sin pudor alguno. Se te entrega toda, nada te pide, no te defrauda... por eso la comparo a una seductora y a la vez ingenua amante.

Caminaba por una alfombra verde salpicada por las múltiples flores primaverales que crecen en los claros entre majestuosas encinas y que compiten por dar el color más llamativo para esos insectos que las fecundarán, buscando esos manjares erectos como obeliscos, dignos de la mejor gastronomía, cuando empecé a **oír el silencio**. Paradoja parece esto, pero es así. Llegas con los oídos todavía impregnados de los pocos ruidos que genera el avatar diario de un pueblo como Alanís y poco a poco te vas dando cuenta que solo oyes a la naturaleza, y eso es **oír el silencio**. Porque el silencio no es la ausencia de sonido. El silencio es apreciar el leve silbido del aire al pasar entre las hojas de los árboles; es oír el canto de un herrerillo llamando a su compañera; es sentir el relajante susurro del discurrir del agua entre las piedras de un arroyuelo; es percibir el sonido de la hojarasca ante la carrera nerviosa de una diminuta lagartija o es escuchar tus más íntimos pensamientos, acompañados por esa maravillosa orquesta formada por cientos de naturales e ingenuos músicos, que interpretan una partitura escrita por no sabemos por qué autor, y que con armonía extraordinaria llenan de delicadas y sutiles notas todo el auditorio, arribando a tus atrofiados oídos repletas de belleza y melosidad, y que tu racional cerebro procesa como una sensación nueva, desconocida, placentera, deliciosa, embriagadora...

Sales de ti, de tu ajetreada vida, y entras en un nuevo mundo donde las sensaciones dominan al raciocinio, y donde el ambiente embriagador te produce cierta alucinación sin necesidad de fumarte la hoja de los siete foliolos. Sobre una piedra milenaria te sientas a descansar. Oteas todo tu alrededor, te dejas extasiar por el susurro de lo natural, por esa fragancia que esparce el bosque mediterráneo en primavera, por la luz que entra, multicolor y con un claror inusitado, por tus pupilas. Contemplas la grandiosidad del paisaje de esta serranía. La panorámica empieza en lo cercano con el verde pitárrigo del prado para pasar al cetrino de las encinas en flor, siguiendo por una amplia gama de azulones que conforman los distintos perfiles de la sierra, hasta alcanzar el parduzco difuminado mas alejado, que se une a un cielo traslúcido y azul salpicado por unas nubes de algodón que rompen su monotonía. Vuelves otra vez a lo próximo y te centras en el amarillo de las caléndulas, árnicas, aulagas y casi sin querer te posas en un jaguarzo punteado

de múltiples flores rosáceas cuyos pétalos imitan la textura de un papiro milenario. Te detienes en una mata de madreseña preñada de flores multicolores y, escudriñando cada palmo de tierra, cerca de una madroñera, haces un descubrimiento fantástico: la *flor de la mujer*, esa orquídea endémica de color púrpuro que parece un ramillete de clítoris caprichosamente engarzados por la natura y que cuesta ver por nuestro hábitat, tal vez porque la mano del hombre y sus productos antinaturales la están relegando a la nada, al igual que sucede con la llamada, por estos pagos, *varita de San José*, gladiolo salvaje de florecillas color rosa brillante y forma de campanil, que desde que la siembra se desterró de esta zona es artículo de lujo toparse con uno.

Y para que la fauna no se me envidie, en este paraíso también podemos deleitarnos al contemplar el libar de una mariposa doncella en las florecillas recién abiertas de un guapero, que parece pulverizado de nieve por capricho de una mano invisible que juguetea con nosotros, o escuchando los gorjeos que un jilguero emite al aire, apostado en la “picolla” de un viejo alcornoque, con la pretensión de que una hembra los oiga y decida fundar una familia con él. Sentimos también satisfacción oyendo el arrullo mas lejano de unas tórtolas, el sonido machacón de un picobarreno buscando su sustento en un quejigo arruinado por el tiempo, la estridente alerta de un arrendajo o de una mirla que han detectado nuestra presencia, y no digamos con la visión de una orejuda liebre, que insegura sale a escape de su cama y huye dándote sus alargadas posaderas, con ese jopo blanquinegro que te enseña desafiante, sabiendo que nunca la cogerás. También disfrutas viendo a una bandada de escandalosos rabilargos, que cruzan cercanos buscando la quedada de la noche, chirriando y jugando al escondite contigo, entre chaparros, madroñeras y acebuches.

Así es esta naturaleza y así nos habla. En todos nosotros está saber escucharla. Hay zonas en la Sierra Norte Sevillana, que son auténticos paraísos naturales y como tales hay que tratarlos, y cuando se hace con respeto y admiración, estamos disfrutando de ellos y a la vez estamos dejando ese legado a nuestra descendencia. Respetar no quiere decir no tocar, sino hacer compatible la explotación agrícola o ganadera con lo natural, sabiendo que la naturaleza tiene su rumbo marcado y que lo único que nos pide es que no la maltratemos.

Antonio Pérez. 2015
<http://www.alanis-aperez.es>
apr1234@gmail.com

